



Aletheia, vol. 16, núm. 31, e241, diciembre 2025 - mayo 2026
ISSN 1853-3701 Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Maestría en Historia y Memoria

Basile T. y González C. (coords.) (2024). *Los trabajos del exilio en les hijes. Narrativas argentinas extraterritoriales*. Eduvim, 539 pp.

Lorena Rojas

Instituto de Educación (UNAHUR-CONICET),
Universidad Nacional de Hurlingham, Argentina

lorenayisellrojas@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0003-2405-9066>



Publicación: 1 diciembre 2025

En el período que va de 1973 a 1983 se exiliaron unas 300.000 personas, lo cual incidió en el destino de varias generaciones posteriores. El libro compilado por Teresa Basile y Cecilia González aborda el denominado exilio argentino del '76 poniendo el foco en el exilio de la “segunda generación” y sus producciones literarias y artísticas, las de quienes se fueron siendo niños –“les *hijos exiliados*”–, pero también la de aquellos hijos e hijas que nacieron en el exilio –“les *hijos del exilio*”. En el prólogo –que con sus ciento cincuenta páginas es casi un libro en sí mismo– las autoras plantean que el exilio siempre fue un tópico central en la literatura argentina, y es justamente en esa serie donde hay que situar la producción de “les hijes”, cuyo antecedente más inmediato lo conforman los textos de “los proscritos del 76”.

El recorrido que plantean los capítulos profundiza un campo poco explorado hasta el momento: el de la infancia exiliada. Esta práctica represiva formó parte de la violencia ejercida durante la última dictadura militar argentina, pero fue reconocida más tarde que otros tipos de violencias, ya que el llamado “exilio dorado” (tal como fue estigmatizado por los militares) acarreó una condena social, así como una condena proveniente de sus propios compañeros de militancia que afectó la subjetividad de los exiliados y dificultó que pudieran asumir su condición de víctimas.

Cita sugerida: Rojas, L. (2025). [Revisión del libro *Los trabajos del exilio en les hijes. Narrativas argentinas extraterritoriales* por T. Basile y C. González]. *Aletheia*, 16(31), e241. <https://doi.org/10.24215/18533701e241>



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional.



Este libro analiza los desplazamientos forzados a partir de dos conceptos claves provenientes de los estudios sobre memoria: el de “trabajos de la memoria”, de Elizabeth Jelin y el de “trabajos posmemoriales”, de Marianne Hirsch. Allí se explora la des-ligación y re-ligación, la sobreadaptación o el rechazo experimentado en el *trabajo exiliar*, por lo cual esta experiencia se piensa en dos sentidos: como una práctica represiva emplazada en un contexto traumático y como un espacio de construcción política y cultural. Estos ejes se entrelazan en las diversas líneas de investigación que dan cuenta de los exilios producidos dentro de América Latina (en especial México-Brasil) pero también hacia Europa y Estados Unidos, lo cual permite pensar estas migraciones en términos afectivos e identitarios, y explorar los alcances y posibilidades de la memoria infantil.

Algunas variantes entre lo escrito por la segunda generación y la primera están ligadas, por ejemplo, a la temporalidad diferida en la cual se producen estas obras, la particularidad que adquiere el “desexilio”, el vínculo entre traducción y memoria, el exilio infantil o adolescente, su paso por los espacios de escolarización, la relevancia de los objetos en general y de los juguetes en particular, entre otros. Asimismo, retratan los efectos provocados por el exilio como aquellos vinculados a la adquisición de una nueva lengua, al aprendizaje de nuevos vocablos o a ciertos trastornos del lenguaje como la afasia, el mutismo o el tartamudeo.

Estas producciones, que poseen una fuerte presencia de mujeres, aparecen aproximadamente a partir del año 2000 y presentan, en ocasiones, un carácter transnacional y plurilingüe, puesto que instauran una tensión no solo en lo que respecta a una lengua nacional sino también a las literaturas nacionales. Así, desde el exilio forjan una nueva lengua que desdibuja los límites de la enunciación: una “literatura extraterritorial o transterritorial” con su propia sintaxis. Por lo tanto, ese lugar liminar de los “despaisados” remite a una frontera que se transforma en “una patria” desde la cual se enuncia.

A partir de esa experiencia se desarrolla, tanto en el campo teórico como en diversas producciones artísticas y literarias, un “lenguaje exiliar” cuyas categorías dan cuenta de ese proceso. Tal es el caso de los términos “desexilio”, “exilios en serie” -como el ocurrido en la guardería chilena y la guardería argentina en Cuba, cuando sus padres ya estaban exiliados en Europa o en América Latina-, “insilio” o “exilio interior”, solo para nombrar algunos.

La “posmemoria” de “les hijes” nacidos en el país de arriba se configura a partir de un exilio heredado que incorpora los relatos de los adultos acerca de un país que no conocen pero que logran imaginar. En esa transmisión intergeneracional, donde también intervienen los silencios, elaboran “pequeñas mitologías del exilio” cargadas de una “estética de la fantasmagoría” que los empuja a realizar una búsqueda personal sobre la militancia y la persecución de sus padres. En algunos casos el legado les resulta muy pesado y aparecen reclamos ligados a la ausencia de estos durante la infancia, pero también reivindicaciones de su lucha. Es por eso que la transmisión no se produce de manera directa, sino que se genera a partir de una reelaboración personal por parte de “les hijes”. Esto habilita nuevas figuraciones para nombrar el desarraigo desde un lenguaje exiliar que puebla la escritura de la segunda generación y que, a modo de archivo, despliega un espacio de memoria vinculado a los afectos.

Así, la “dimensión emocional” del exilio se liga a aquello que se dejó al partir, a la posibilidad de integrarse o no al país de llegada y a la reorganización de los vínculos familiares. Mientras que algunos se sintieron de paso otros buscaron adquirir rápidamente la lengua y las costumbres de la nueva sociedad.

En esta línea, varios capítulos resaltan el carácter traumático de esta experiencia que, según referentes del campo de la psicología y la sociología, contiene tres etapas: la primera marcada por la pérdida y la violencia como condición de una partida no deseada donde aparece la culpa y el duelo. Algunos exiliados imaginan el regreso e idealizan el país de origen, por lo cual su estadía en el país de arriba conforma un paréntesis que les permitió salvar sus vidas. La segunda etapa corresponde a la “transculturación”: la apertura hacia las pautas socioculturales del país de arriba aumenta a pesar de la nostalgia y, por último, se produce una mayor integración, por lo que se deja de pensar el regreso como algo obvio y ahí aparecen proyectos futuros en el país de arriba. Asimismo, se produce, por parte de los exiliados, una crítica a las

formas previas de hacer política, lo que genera una búsqueda de otro tipo de compromiso militante ligado a los Derechos Humanos.

Luego, los retornos constituyeron un segundo momento que modificó la dinámica parental ya que la familia sanguínea podía percibirse más ajena que aquella que se había construido en el país de asilo. Aquí aparecen dos grupos: por un lado, quienes se quedaron a vivir en el país de arribo y por otro, quienes regresaron, lo que produjo aquello que Basile y González señalan como “el desgarró del desexilio”, concepto ligado a la reinserción y reconexión con el país de origen. Este proceso también estuvo marcado por retornos fracasados y re-emigraciones lo cual produjo una “contranostalgia” del país que los había acogido, ya que los exiliados no regresaron ni al mismo tiempo ni al mismo espacio que habían dejado antes de partir. Esta “desafiliación” se vincula con la dimensión afectiva, puesto que este “país personal” se modificó en un imaginario construido desde la lejanía, lo que implicó un “ritual de reconocimiento” y una “revisión identitaria”. En algunos casos, esto se profundizó, ya que el retorno de los padres a la Argentina fue experimentado por los hijos como un exilio propio, agravado por el hecho de que, al insertarse en ciertos espacios como la escuela, fueron fuertemente estigmatizados.

Uno de los casos que exploran algunos capítulos es el de los *argenmex*, aquellos niños que se fueron a México con sus padres o que nacieron allí, por lo que poseen una “identidad mixta o híbrida” que cifra estas dos tierras, ya que “les hijes” vincularon el gueto argentino en México (Villa Olímpica) con el afuera. Las idas y vueltas entre estos países producen una “inestable movilidad territorial” que, como mencionamos, se plasma en los objetos en tránsito que devienen objetos de memoria, los cuales permiten explorar los desgarró y los conflictos suscitados bajo esa inestable condición que acarrea una “lengua híbrida”. En este sentido, muchos “hijes” asumen una doble identidad, una doble extranjería.

Por su parte, Basile y González retoman la obra *Trasterradas* (2019) de Marisa Gonzáles de Oleaga, Carolina Meloni Gonzáles y Carola Saiegh, y dan cuenta del desplazamiento que se produce entre la categoría de *desterrada* para devenir *trasterrada*, asignándole un carácter activo ligado a la productividad que puede provocar el exilio, ya que a pesar de la derrota política surge un espacio de creación de nuevas ideas que conforman otros modos de militancia. Emergen prácticas artísticas como *Árbol del Desexilio* (2002) de la argenmex Mercedes Fidanza, cuyo carácter performativo está ligado a los vaivenes del exilio. En este sentido, la relación entre el activismo y el *artivismo* constituye un giro en el arte de los últimos tiempos a partir de una propuesta artístico-política. Como sostienen las autoras, “les hijes” construyeron un entredós espacial y lingüístico desde el cual enuncian, lo que constituye una singularidad en la diversidad de sus producciones artísticas.

Por último, es importante destacar que este volumen contiene trabajos de: Eva Alberione, Verónica Estay Stange, Tersa Basile, Eugenia Argañaraz, Ulises Valderrama Abad, Anna Forné, Susana Rosano, Cecilia González, Claudia Jünke, María A. Semilla Durán, Estefanía Di Meglio, María José Punte, Susanna Nanni, Laura Balaguer, Sandra Lorenzano, Valeria Selinger y Paloma Vidal. Todas estas investigaciones nos permiten acceder a una experiencia inédita que atravesaron las infancias y adolescencias en tiempos de dictadura. En definitiva, este libro indaga en qué hacen estos “hijes” a partir de los fragmentos de su propia historia y cómo elaboran una arqueología del exilio infantil que cuestiona el pasado para pensar el presente en un constante trabajo de memoria como lugar de resistencia.